

aunque tengan un objeto diferente, los unos la soledad, el silencio, el ayuno de Jesucristo en el desierto, los otros su vida activa y empleada enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo, todos, no obstante, tienden al mismo fin, cual es formar en los que los abrazan imágenes fieles de Jesucristo. Cualquier religioso, cualquiera religiosa que no se propone este objeto, que no trabaja para él con todas sus fuerzas, y que no refiere á él sus ejercicios de piedad, sus destinos, las observaciones de la regla, no tiene el espíritu de su instituto, y no cumple con el fin que este se propuso.

Tercera razon: no todo el mundo es llamado á imitar la vida interior de Jesucristo. Decid mas bien que cada uno es llamado á ella segun su estado y la medida de su gracia; mas ¡cuán pocos corresponden á este llamamiento! Dadme un cristiano que no tenga por modelo á Jesucristo. Y si ninguno hay ni puede haber que deje de tener este modelo, convenid en que todos están obligados á imitarlo. ¿No son llamados todos á amarle de todo su corazón, con todo su espíritu, con todas sus fuerzas? ¿Amó de otro modo Jesucristo? Su amor llegó á un punto á que no llegará jamas el nuestro, convengo en ello; pero es menester que el nuestro sea de la misma naturaleza y que tenga las mismas calidades que el suyo. Porque ¿hay nada mas íntimo que el amor? Y ¿el amor de Dios no tiende á dominar sobre todas nuestras afecciones, y subordinarlas como á su principio y á su fin? ¿No son llamados todos á amar al prójimo como á sí mismos por respeto á Dios? Y ¿Jesucristo no manda á sus discípulos amarse los unos á los otros como él nos ha amado? Y reduciéndose el interior de Jesucristo á estos dos amores, y siendo estos los dos grandes preceptos de la nueva ley, ¿no está obligado todo cristiano á asemejarse en su interior á Jesucristo?

De este modo, se replicará, todos los cristianos están obligados á ser santos. Efectivamente; todos están obligados á trabajar para serlo. Tan poco se dudaba de esta verdad en la primitiva Iglesia, que los apóstoles en sus cartas no dan á los cristia-

nos otro nombre que el de santos. Si despues han cambiado las ideas, el cristianismo no ha cambiado de naturaleza. Un santo no es otra cosa que un cristiano perfecto; y ningun cristiano puede, sin faltar á la ley que profesa, fijarse voluntariamente en la imperfeccion.

CAPITULO LXIX.

NO PUEDE ENTRARSE EN EL INTERIOR DE JESUS SINO RENUNCIÁNDOSE

Á SÍ MISMO.

PARA conocer el interior de Jesus preciso es renunciar al propio espíritu; para gustar el interior de Jesus se ha de renunciar á la propia voluntad; para imitar el interior de Jesus es indispensable vivir en la práctica continua de una renuncia universal.

Todo el interior de Jesus estriba en el fundamento de que en él no hubo *yo* humano; sino que la persona del Verbo todo lo ordenaba, todo lo disponia en él, todo se lo atribuia y lo referia á sí; de manera que su alma aunque libre no era mas que el simple instrumento activo ó pasivo de lo que el Verbo le mandaba y operaba en ella, sin poder ni obrar por sí misma, ni hacer reflexion alguna, ni dirigir cosa alguna á sí, ni apropiarse nada. Es preciso de toda necesidad profundizar hasta lo mas hondo de este anonadamiento moral, para conocer la altura inmensa del edificio de virtudes que levantó Dios sobre tal fundamento.

Nos es imposible por nuestra propia inteligencia, es decir, por nuestra manera natural de concebir y juzgar, penetrar hasta el abismo profundo de semejante anonadamiento, formarnos idea de una naturaleza racional despojada de toda propiedad, de toda personalidad; y conservando sin embargo la libertad de sus operaciones, sin que pueda ni quiera decir que son las suyas. La

razon abandonada á sí misma nada comprende de este misterio; alumbrada empero por la fe, lo cree y se somete á él. Mas se necesita una luz especial para formar alguna idea de los efectos morales que produjo este misterio en el alma de Jesucristo; y esta luz especial Dios no la concede sino á los que renunciando á su propio espíritu se aproximan humildemente al interior de Jesus, y le suplican que á él les conduzca por su gracia.

No menos gracia ni menos renuncia á las propias luces se necesita para elevarse desde este fundamento á la contemplacion de las sublimes virtudes cuya práctica habitual puso Dios en un alma que por su anonadamiento se hizo capaz de contener en sí misma todos los dones y todos los tesoros del cielo. Nuestra razon, ayudada por una gracia comun, no comprende hasta qué grado ha llegado en algunos santos el amor de Dios, y qué sacrificios les ha movido á hacer: menos aún comprende hasta dónde llegó este amor en la santa Virgen. ¿Cómo pues, llegará á conocer el exceso del amor de Jesucristo para con su Padre? Tan solamente humillándose y renunciándose á sí mismo es como merece recibir sobre este objeto luces que la sorprenden por su resplandor, y la tienen como enajenada. Lo mismo digo del amor de Jesucristo hácia los hombres, en particular hácia sus enemigos; de su dulzura, de su paciencia, de su humildad, de sus demas virtudes. El espíritu humano, léjos de profundizarlas, no puede ni aún percibir las en superficie, pues no se le concede el conocimiento sobrenatural sino á proporcion de lo que se juzga incapaz de adquirirlo por sus propios esfuerzos. De ahí viene que las obras de piedad en las cuales se entra algun tanto en lo interior de Jesus son tan poco comprendidas, que el mismo Evangelio y las cartas de san Pablo casi nada dicen á los que las leen, porque su sentido es tan profundo que no se puede penetrar en él sino con el axilio de la divina luz; y esta luz debe pedirse con humildad, y recibirse con reconocimiento. Jamas alumbrará Dios sobre el interior de Jesus á un alma que cuenta con sus propias fuerzas.

Poco es conocer el interior de Jesus, si no se gusta de él. Mas ¿cuánto distamos de tener naturalmente la menor disposicion para percibir gusto en este interior! Al contrario, le tenemos aversion y horror; y aquí es del todo necesario hacer el sacrificio de la propia voluntad. ¿Cuál es el hombre, ni aún el cristiano ordinario, que por eleccion propia, y con la mira de agradar á Dios, prefiere la pobreza á las riquezas, la oscuridad al brillo y á las distinciones, la sujecion al trabajo, á la libertad de hacer lo que quiere, ó de no hacer nada si se le antoja? Entre las personas piadosas, ¿hay muchas que hallen un gusto sobrenatural en el retiro, en el recogimiento, en la soledad interior, en la conversacion habitual con Dios? De tantos devotos y devotas que se entregan á la vida espiritual, ¿cuántos hay que quieran amar á Dios por lo que él es en sí, sacrificando como Jesucristo toda mira de interes personal; que se priven de las reflexiones, de las secretas satisfacciones del amor propio, que consientan en no arrojar jamas sobre sí mismos una complaciente mirada, en no tener adhesion alguna á los consuelos celestiales, á desapropiarse de sus virtudes, y á vivir en un perfecto desprendimiento espiritual? ¿Cuántos hay que quieran amar al prójimo hasta dar su vida por él, hasta sufrirlo todo de él, hasta perdonárselo todo y rogar por su salvacion, cuando reciben de él maltratos y tal vez ultrajes? Entre las almas grandes, cuyo número es ya tan corto, ¿en dónde están las que hallan gusto en el dolor y en la ignominia de los tormentos, en las irrisiones sangrientas, en los oprobios, en las extremadas y raras humillaciones, en la muerte de Jesucristo sobre la cruz, abandonado de su Padre y entregado á toda la rabia de los hombres y de los demonios? La naturaleza retrocede de horror á semejante espectáculo; la voluntad rechaza con todas sus fuerzas un estado como este; y por decirlo en una palabra, no hay una sola virtud de Jesucristo para cuya práctica no sintamos una extremada repugnancia. Es pues, realmente una quimera el pretender gustar el interior de Jesus de otro modo como no sea por el sacrificio de nuestras mas in-

timas inclinaciones y aversiones naturales: es necesario consentir en la inmolacion del amor propio y en la destruccion de este desdichado *yo*, que reside aún mas profundamente en el corazon que en el espíritu.

El conocimiento y el gusto del interior de Jesus dista mucho todavía de su imitacion. Aun despues de haber alcanzado en la oracion y en la comunión las luces mas sublimes y los mas heroicos sentimientos, cuando es necesario descender á la práctica, ¡qué resistencia! ¡qué debilidad! ¡qué tentaciones de abandonar lo todo! Se empieza, se deja, se vuelve á tomar, se abandona de nuevo; nada se hace hasta que se determina firmemente renunciarse á sí en todo y para siempre. No quiero decir por esto que se llegue de una sola vez á esta renuncia efectiva, absoluta y perfecta en todas las cosas; mas es preciso dirigirse siempre á ella, y ayudar á la gracia con todo nuestro poder: es menester luchar sin descanso con todos los esfuerzos contra la naturaleza: hemos de dejar á Dios que haga en nosotros lo que no pudiéramos hacer por nosotros mismos: hemos de sufrir que sus operaciones crucifiquen y destruyan en nosotros todos los afectos de la carne, hasta que la naturaleza espire, si queremos reproducir en nosotros una copia fiel del divino original que se nos presenta en la montaña del Calvario.

Hé aquí cuanto tenia que decir sobre el interior de Jesus. Es muy poco, es nada en comparacion de lo que es en realidad; mas hagamos uso de las luces que poseemos, que ya adquiriremos mayores á medida que váyamos adelantando. Así que, creciendo de dia en dia las luces con nuestros progresos, y nuestros progresos con las luces, nuestra fidelidad, nuestro ánimo, nuestro generoso desinterés nos elevarán hasta la conformidad que Dios quiere que tengamos con su Hijo unigénito. Así sea.

FIN DEL INTERIOR DE JESUS.

EL
INTERIOR DE MARIA.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

EL Verbo divino de toda eternidad puso los ojos en María para hacerla Madre suya; por lo mismo no puede dudarse que al criarla distinguió su alma con todos los privilegios, y la enriqueció con todas las gracias que á tan alta dignidad convenian, la mas grande á que puede ser sublimada una simple criatura. Así pues, es creencia comun de la Iglesia, aunque no sea un artículo de fe * que la santa Virgen, sola entre todos los hijos de Adán, fué exenta del pecado original y de todas sus consecuencias; que fué concebida en gracia santificante y en un estado de santidad, que atrajo sobre sí las complacencias del Altísimo. Es tambien de creer que ella gozó del uso de su razon mucho tiempo antes que los demas niños, tal vez en el instante de su nacimiento, ó quizas en el de union del alma con el cuerpo. Porque todo lo que pudo hacer el Verbo en favor de aquella

* Cuando escribia el autor no lo era; pero ahora lo es.